

La encina misteriosa

Había una vez un niño llamado David. Él era muy juguetón. Vivía en Extremadura, una comunidad autónoma preciosa.

David tenía 10 años. Siempre iba a pasear al campo con su perra Sira.

Sira era muy traviesa y juguetona. Le gustaba mucho dar paseos. Los dos siempre iban juntos a todos los lados, justamente a esa encina. Ellos la llamaban la encina mágica, te preguntarás, ¿y por qué mágica? Porque siempre que pasaban por ahí, se movía y le susurraba: ¡hola! Ellos le respondían igual, pero nunca sabía de dónde venía ese hola. Solo respondían.

Hasta que un día saltó y empezó a buscar quién decía hola. Y lo descubrió. Y sí, era la encina.

Desde ese día empezaron a hablar, pero había un problema. Sira se puso mala y no sabía qué hacer. Y se lo dijo a la encina mágica, entonces le dio una receta mágica que usaban sus abuelos. Fueron a ver si Sira estaba bien. Sira estaba genial. Fueron a la encina de nuevo y David le dio las gracias. Desde entonces se hicieron amigos y a David no le dejó de gustar curar animales:

- Encina mágica, hoy he visto un cerdito malito.
- Pues mañana me lo traes para que lo pueda ver y curarle.

La mañana siguiente:

- Hola David. Hola Sira. Oh, muchas gracias. Le va curando mientras la encina le explica. Pues eso sería todo.
- Muchas gracias encina.

David a día de hoy es un gran veterinario en Badajoz y nunca dejó de visitar a su encina favorita.